

se había oído hablar en muchos años, la condesa de Derby.

Bien formada, majestuosa y avanzada en edad, sin que la corbasen su talla el peso de los años, avanzó la noble dama hácia su soberano como si se acercase á uno de sus iguales. No se veía ciertamente en sus modales nada de altanería, presuncion ni poco correspondiente á la presencia del monarca; pero el íntimo convencimiento de las injusticias que había padecido en el reinado de Carlos, y de la superioridad que debe tener el injuriado sobre el que le ha injuriado, ó á cuyo nombre se ha hecho la injuria, daba dignidad á su modo de mirar y á su paso firme. Estaba de luto rigoroso y el corte de su vestido era segun la moda del tiempo en que había muerto su marido en el patíbulo, de cuya moda no había querido separarse despues de treinta años.

No fué para el rey muy grata la sorpresa; pues maldijo interiormente la facilidad con que había dado orden para que se dejara entrar á la desconocida en esta escena de placer y alegría; pero al mismo tiempo vió la necesidad

en que se hallaba de recibirla de un modo conveniente á su propio caracter y al rango que ocupaba en la corte británica. Adelantóse pues hácia ella con la gracia y garbo que le eran naturales, y la dijo en francés. — Estimada condesa de Derby, poderosa reina de Man, y nuestra muy augusta hermana...

— Hable Vuestra Magestad inglés, señor, me atrevo á pedir esta gracia, dijo la condesa. Yo soy par de Inglaterra, madre de un conde inglés, y, ¡ Ah! viuda de otro. En Inglaterra se han pasado mis dias tan cortos de dicha, y mis largos años de viudedad y dolor. La Francia y su lengua no son para mí mas que sueños de la infancia sin algun interés. No sé otra lengua que la de mi esposo y mi hijo. Permitidme, señor, como viuda y madre de un Derby haceros así el homenaje.

Al decir estas palabras hizo ademan de inclinar la rodilla ante el rey, pero Carlos se lo impidió, la besó en la megilla segun el uso, y la llevó donde estaba la reina, á quien la presentó él mismo. — Conviene sepa Vuestra Magestad que ha prohibido la condesa se hable

francés, lengua de la galantería y cumplimientos. Creo que Vuestra Magestad aunque tambien extranjería usará de un inglés bastante bueno para manifestar á la condesa de Derby cuanto nos alegramos de verla en la corte despues de tantos años.

— Haré cuanto esté de mi parte, respondió la reina, en quien hizo la condesa una impresion mas favorable que muchas otras extranjerías, que acostumbraba recibir con cortesía por complacer al rey.

Carlos volvió á tomar la palabra:— Yo preguntaria á una dama de cualquier otro rango, por que habia estado tanto tiempo ausente de la corte; pero á la condesa de Derby, pienso que la sola pregunta que puedo hacer es, ¿á qué feliz causa debemos el gusto de volver á verla.

— No es feliz aunque sí urgente, señor, respondió la condesa.

Esta salida le pareció al rey de mal agüero, y con efecto, desde el instante en que la condesa entró habia previsto alguna explicacion

desagradable, y por eso se apresuró á prevenirla.

— Si esta causa, dijo, con una expresion de bondad é interés, nos pone en ocasion de servir á Vuestra Señoría, no podemos pedir la explique en este momento, pero se tomará en consideracion, y no necesito decir que con empeño, un memorial dirigido á nuestra secretaria de estado ó á nuestra persona si mas le agrada.

Saludó la condesa con dignidad y respondió:— Es verdad que el asunto es importante, señor, pero no necesitaria mas que algunos minutos de atencion que podrian emplearse en objetos de mas gusto, y es tan urgente que temo retardarle un solo momento.

— Esta peticion no está muy en uso, dijo Carlos, pero la presencia de la condesa de Derby no es un suceso comun, y mi tiempo debe estar á las órdenes de Vuestra Señoría. ¿Es necesaria una conversacion particular?

— Por mi parte, señor, respondió la condesa, puedo explicarme á presencia de toda la corte, pero tal vez Vuestra Magestad preferirá oirme á presencia de uno ó dos consejeros nada mas.

El rey miró al rededor de sí.—Ormond, y Arlington, dijo, vamos, vengan vms. conmigo.

Llevólos Carlos á un gabinete inmediato, se sentó y dijo á la condesa que hiciera lo mismo.

— No tengo necesidad, señor, respondió ella, y pasado algun tiempo que gastó en armarse de todo su valor continuó en estos términos.

— Ha dicho Vuestra Magestad, señor, que no es poco importante la causa que me ha hecho salir de mi habitacion solitaria. No se me ha visto venir aquí cuando una parte de la fortuna de mi hijo, fortuna que tenia de un padre muerto por defender los derechos de Vuestra Magestad, se le arrebató bajo pretextos especiosos de justicia, para nutrir la codicia del rebelde Fairfax y proveer despues á la prodigalidad de su yerno Buckingham.

— Esas expresiones son muy fuertes, milady, nos acordamos muy bien, que se incurrió en una pena legal por un acto irregular de violencia, como le llaman nuestras leyes y nuestros tribunales de justicia, aunque yo privadamente le llamo un acto de honrosa venganza.

Pero lo que puede parecer tal á los ojos del honor, es muchas veces origen de consecuencias legales muy tristes.

— No vengo á presencia de Vuestra Magestad para quejarme de la injusticia con que se ha despojado á mi hijo de sus bienes. No hablo sino para recordar la resignacion de que di pruebas cuando sucedió este caso. Vengo hoy á rescatar el honor de la casa de Derby, honor para mí de mas aprecio que cuantos dominios tenga y pueda tener.

— Y, ¿quién agravia el honor de la casa de Derby? por mi vida, que esta noticia es la primera que tengo sobre tal cosa.

— ¿No se ha impreso aquí una relacion, porque este es el nombre que dan á este tejido de mentiras, una relacion, digo, de la conspiracion de los papistas, conspiracion fingida, como yo la llamaré, y en la que se ha empañado y ultrajado el honor de nuestra casa? ¿No corren dos nobles aliados de la casa de Stanley el riesgo de perder la vida por hechos de que se los acusa principalmente?

Carlos se volvió hácia Ormond y Arlington. —Me parece, dijo sonriéndose, que el valor de la condesa debe avergonzarnos. ¿Quién se hubiera atrevido á pronunciar la palabra *fingida* á la inmaculada conspiracion, ó á llamarlas revelaciones de los dignos testigos que nos han salvado del puñal de los papistas, *tejido de mentiras* ? Pero, señora, añadió, sin poder menos de admirar su generosidad en favor de los dos Peveril, debo dar á Vuestra Señoría la nueva de que es inútil, pues el jurado los ha declarado inocentes esta mañana.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó la condesa levantando las manos juntas al cielo. Apenas he podido dormir desde que tuve la noticia de la acusacion hecha contra ellos, y yo he venido aquí para entregarme á la justicia de Vuestra Magestad, ó á las prevenciones de la nacion, en la esperanza de que podria salvar la vida de mis nobles y generosos amigos, que no se han hecho sospechosos sino por la correspondencia é intimidad que han tenido conmigo. ¿ Pero es muy posible que ya estén libres?

— Lo están, sobre mi palabra, respondió el

rey, me admiro de que Vuestra Señoría no lo haya sabido.

— No he llegado hasta ayer por la noche. Me he mantenido absolutamente retirada, no atreviéndome á preguntar á nadie para no ser descubierta antes de ver á Vuestra Magestad.

— Y ahora que nos hemos visto, dijo el rey tomándola por la mano con bondad, ¿ me podrá tomar la libertad de aconsejar á Vuestra Señoría que dé la vuelta á su isla tan callandico como ha venido? El mundo ha cambiado, mi querida condesa, desde aquel tiempo en que eramos jóvenes. Durante la guerra civil se combatia con sables y mosquetes, hoy se baten las gentes con actas de acusacion, juramentos y otras armas legales de la misma especie. Vuestra Señoría no entiende nada de esta guerra. Sé muy bien que es capaz de defender un castillo fuerte, pero dudo que sepa el arte de parar una acusacion. Esta conspiracion ha caido sobre nosotros como una tempestad, y cuando hay tempestad no se puede gobernar el navío, es preciso dirigirse al puerto mas próximo; y dichoso el que puede llegar á él.

— Eso es cobardía, exclamó la condesa con prontitud. Perdónese me la expresion , señor, solo una muger la pronunció. Llame Vuestra Magestad cerca de su persona sus nobles amigos, y sostenga el choque, como su noble padre. Todo está bien ó mal en el mundo : no hay mas que un camino recto y honrado, y todos los senderos que de él se apartan, son tortuosos é indignos de un hombre de bien.

— Ese language, mi respetable amiga, dijo el duque de Ormond, que vió la necesidad de intervenir entre la dignidad del soberano y la franqueza de la condesa , mas acostumbrada á recibir marcas de respeto que á concederlas , ese language es enérgico pero no se acomoda con las circunstancias actuales. El partido que propone Vuestra Señoría podria suscitar una nueva guerra civil y todos los males que de ella provienen ; seria muy difícil que produjera los bienes que al parecer se promete Vuestra Señoría.

— Eso es una temeridad, dijo Arlington, no solo precipitarse Vuestra Señoría al peligro , sino querer aun arrastrar á su Magestad. Permi-

taseme decirlo francamente , que Vuestra Señoría hizo mal, á vista de riesgos tales, en haber salido de su castillo donde estaba en seguridad, para exponerse á ocupar un cuarto en la Torre de Londres.

— Y aunque debiera poner la cabeza en un tajo como mi esposo en Bolton , exclamó la condesa, consentiria en ello antes que abandonar á un amigo, á un amigo sobre todo á quien yo misma envié al centro de los peligros como á Peveril el joven.

— Pero , ¿ no he dicho ya , y asegurado, mi querida condesa , dijo el rey, que los dos Peverils anciano y joven están fuera de peligro ? ¿ Quién podria obligar á Vuestra Señoría á lanzarse en medio de riesgos formidables, con la esperanza que pueda librarla mi intervencion ? Me parece que una señora de juicio no debe arrojarse á un rio con el solo fin de dar á sus amigos el trabajo de sacarla.

La condesa repitió que su intencion era pedir justicia por un juicio imparcial , y los dos consejeros insistieron en el medio que antes

habian propuesto de volverse lo mas pronto á su reynecito feudal y quedarse allí , aunque se presentase contra ella acusacion de sustraerse á la justicia. Viendo el rey que la discusion se alagarba demasiado , dijo sonriéndose á la condesa que si se detenian mas tiempo , temia concibiese algunos zelos la reina, y tomándola de la mano trató de llevarla otra vez al salon. Era imposible que ella se resistiera, y llegó á los salones donde casi al mismo tiempo ocurió un suceso de que se hablará en el capítulo siguiente.

CAPITULO X.

Si, señores, yo soy ; fresco y dispuesto,
 Con ojo pronto, aunque de cuerpo chico
 Y si dijese alguno lo contrario,
 Que alce este guante, y se las habrá conmigo.
Querrela de Jehan de Saintré.

Luego que llegó el rey con la condesa de Derby á los cuartos donde se hallaba la corte , la suplicó en voz baja , antes de separarse , que se dejara gobernar por consejos prudentes y que mirara por su seguridad , retirándose despues con mucha calma , como para prestar atencion á los demas cortesanos.